

HUMO EN EL GRANERO

Por *Roselyn Edwards*

ANTONIO se apresuró a dar de comer a las gallinas y a recoger los huevos. Se dirigía a la casa con el cesto de los huevos cuando vio a Haroldo que se acercaba en bicicleta por el camino de grava. Haroldo pasaría la tarde con ellos, porque sus padres habían ido a la ciudad y volverían tarde. Después de las clases había ido primero a la casa para cambiarse de ropa. Antonio llevó los huevos a la casa y salió a tiempo para recibir a su amigo.



-¡Hola! -lo saludó-. Me cambié más rápido que tú, y ya atendí las gallinas.

-Yo tuve que andar casi un kilómetro más que tú -le respondió Haroldo-, y luego regresar. ¿A qué jugaremos?

-Vayamos al pajar. Podemos hamacarnos con la soga, y caminar por las vigas.

-¡Te juego una carrera! -dijo Haroldo y se echó a correr antes de terminar la frase.

-¡No vale, porque tú saliste antes! -protestó Antonio. Pero Haroldo ya había atravesado la puerta y subía por la escalera al pajar.

El gran granero era un lugar maravilloso para jugar. En un extremo había una pila de fardos de heno, pero en el otro había paja en una parte y heno suelto en la otra. Los muchachos podían correr por las vigas que daban sobre el heno suelto sin afligirse si se caían, porque el heno formaba un colchón suave. El padre de Antonio había atado una soga a una de las vigas, y los muchachos podían trasladarse con ella desde la pila de heno hasta el montón de paja. Sólo tenían que cuidarse de no golpearse contra la rampa que había a un lado del granero, que el padre de Antonio usaba para tirar la paja que servía de cama y de alimento para los animales. Pero de todas maneras, Antonio nunca jugaba de ese lacio. Los muchachos se tomaban de la soga, y dando un empujón, saltaban de un montón al otro, con la consabida algarabía; o jugaban carreras para ver quién podía caminar más rápido por la viga, sin caerse. En ese momento Antonio iba caminando por la viga, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio.

-Baja aquí un instante -lo llamó Haroldo-. Quiero mostrarte algo.

-¿Qué es?

-Bueno, ven y te lo mostraré.

Antonio saltó de la viga y cayó sobre el montón de heno, junto a Haroldo.

Haroldo abrió el cierre de su chaqueta y sacó del bolsillo de su camisa un paquete rojo, bastante abollado.

-¡Cigarrillos! -exclamó Antonio-. ¿De dónde los sacaste?

-Benito Rodríguez me los dio. Sólo me dio dos.

-¿Qué vas a hacer con ellos?

-Oh, yo no sé. ¿Probaste tú alguna vez fumar?

-No -dijo Antonio-. Nunca lo hice.

Los muchachos se sentaron sobre el heno mirando los cigarrillos y hablando de fumar.

-Supongo que podríamos a lo menos probar una vez -dijo Antonio después de un rato-. ¿Tienes algunos

fósforos?

Haroldo sacó del bolsillo una caja de fósforos bastante deslucida.

-Tengo bastantes fósforos para prender estos dos -dijo.

-¡Bueno, eso es todo lo que necesitamos! -se rió Antonio un tanto nervioso.

Haroldo aparentó estar tranquilo, pero Antonio notó que cuando encendió el fósforo, la mano le temblaba.

-Antonio chupó el cigarrillo, y obtuvo una bocanada de humo. El gusto horrible del humo lo sorprendió y lo hizo toser. Por cierto que no tenía buen sabor.

-¡Ah! ¡Cómo es que alguien puede querer fumar! -dijo-. Yo pensaba que a lo menos tendría buen gusto. Haroldo aspiró varias veces el cigarrillo y luego, cerrando la boca, dejó que el humo se saliera por la nariz.

-A ver si tú puedes hacer eso -dijo. Antonio trató de hacerlo varias veces, pero no pudo. Cada vez que trataba de hacerlo, tosía y escupía. No sabía si era el humo, o la nerviosidad de hacer algo que él sabía que no debía hacer, lo que lo hacía sentirse raro; pero comenzaba a sentir la cabeza liviana y el estómago revuelto.

En eso oyeron que abajo se abría la puerta que daba acceso a la rampa del heno. Los muchachos quedaron paralizados, y Antonio automáticamente escondió su cigarrillo debajo del heno.

-¡Antonio! ¡Haroldo! ¡La cena está lista! -Hubo una pausa, y luego se oyó decir--: ¿Antonio? -y la puerta que daba a la rampa por donde caía el heno se volvió a cerrar.

-Oye, casi nos pesca -susurró Antonio-. Esperemos un momento para darle tiempo a papá a que entre en la casa. Así no se dará cuenta de dónde salimos. ¿Crees que van a sentirnos el olor?

-¡Mira! -dijo Haroldo poniéndose de pie de un salto-. ¡El heno se está quemando!

Antonio se volvió para mirar y vio que justamente detrás de él salía una bocanada de humo negro del heno.

-¡Ese cigarrillo! -dijo Antonio-. Lo puse en el heno sin pensar-. De un tirón se quitó la chaqueta y comenzó a golpear furiosamente el lugar de donde salía el humo, pero apareció una llamita que empezó a lamer el heno. Haroldo también hizo su parte, y entre los dos, sofocaron el fuego.

-Trae agua -bufó Haroldo-. Creo que lo apagamos, pero tenemos que echarle agua para estar seguros. A Antonio le pareció que sus piernas no podrían llevarlo, pero las obligó a correr hasta la vaqueriza. Sacó un balde de agua del tanque de enfriamiento de la leche, y se apresuró a llevarlo al granero. Entre los dos empaparon bien el heno donde se había originado el fuego. Había un fuerte olor a heno quemado. En eso oyeron que el padre de Antonio entraba por la puerta del granero

-¡Antonio! ¿Estás ahí?

-¿ Y ese olor a humo que siento? Mientras los muchachos se acercaban a la escalera, el padre la ascendió.

En un instante se dio cuenta de lo que había ocurrido, y los muchachos contaron toda la historia.

-Este es un negocio muy peligroso, muchachos -dijo el papá-. Uds. podrían haber destruido todos los edificios de la granja por sólo fumar en el montón de heno. Hijo, tendrás que recibir un castigo; y tú Haroldo, tendré que decírselo a tus padres.

-Ojalá que nunca hubiera recibido los cigarrillos que me dio Ben -dijo Haroldo-. Tienen un gusto horrible, y me siento muy raro.

--Yo sé una cosa -afirmó Antonio. Nunca más los volveré a probar.